

1

Una Obra Divina

¿POR QUE la gracia celestial se manifiesta en forma tan marcada mediante las publicaciones adventistas y los colportores? Veamos si la respuesta no se halla en los siguientes dos puntos:

1. Sencillamente, porque esta obra es de Dios. Tanto la obra de publicar nuestros libros y revistas como la de distribuirlos, han nacido en la mente de Dios y han sido ordenadas por él.

2. Porque el triple y grandioso propósito de la obra publicadora adventista consiste en evangelizar a la gente, salvar a los sinceros y apresurar el regreso de Cristo a esta tierra.

Por eso, el milagro divino se ve en la venta de cada libro, de cada Biblia y de cada revista; y se ve en las conciencias que despiertan al leer esas publicaciones y al oír los estudios que les da el colporteur.

Sabor a cielo

El joven Luis Peña tuvo dos de esas victorias que convencen al colporteur del carácter divino de su trabajo y de que el Señor lo acompaña.

Sucedió en Puerto La Cruz, Venezuela. Una mañana, Peña despertó vivamente impresionado por un sueño. Había soñado que una señora de mediana edad le había dicho: "Necesito que me ayude con sus oraciones a librarme de unos malos espíritus que me atormentan".

Esa mañana, Peña tomó un ómnibus para ir a su trabajo. Después de algunas cuadras, el bus se detuvo para que subieran otros pasajeros. Entonces Peña pasó por un tremendo sobresalto. Vio subir a la misma señora con quien había soñado esa noche. Y lo raro fue que ella lo saludó a él, como si lo conociera.

Después de sentarse, la señora le preguntó: “¿Por qué no me da algunos de esos folletos que lleva en su maletín?” Al oír este pedido, a Peña se le erizó la piel. ¿Cómo sabía esa señora que él llevaba folletos? Le dio algunos a ella y repartió otros entre los pasajeros.

En seguida de recibirlos, ella le hizo otro pedido, que estremeció aún más a Peña: “Véndame esa Biblia que lleva allí”. ¿Quién le dijo a esa señora que él llevaba una Biblia en el maletín?

Este incidente era más asombroso aún, porque esa mañana Peña había salido a su trabajo, y después de caminar tres cuadras había notado que no llevaba la Biblia para la venta, como acostumbraba. Entonces había regresado a su cuarto, había puesto la Biblia en su maletín y había vuelto a salir para tomar el ómnibus.

Con esos extraños sucesos, Peña olvidó bajar donde debía, y siguió en el ómnibus hasta donde bajó la señora. Entonces ella le pidió que fuera hasta su casa para pagarle la Biblia.

Mientras caminaban juntos, él le habló a la señora acerca del amor de Cristo y del perdón del pecado que él nos da. Llena de admiración, ella le dijo:

—¡Qué espíritu tiene Ud.! ¡Lo que me está diciendo me conmueve!

—Bueno —respondió él—, los cristianos vamos acompañados por los ángeles de Dios y por el Espíritu Santo.

Entonces ella le contó que era médium espiritista y que un mal espíritu la atacaba continuamente. Y en ese momento repitió las mismas palabras que él había oído en su sueño: “Necesito que me ayude con sus oraciones a librarme de unos malos espíritus que me atormentan”. Y agregó: “Vuelva a visitarme, a enseñarme la Biblia y a cantarme algunos de esos cantos que Ud. sabe”.

El primer estudio que Peña le dio fue acerca del estado de los muertos y del espiritismo, que ella aceptó. Y siguió dándole estudios.

Casi simultáneamente a este caso, Peña tuvo otra brillante manifestación de la gracia de Dios. Vendió varias revistas a un joven bachiller de unos 22 años de edad, y luego le dijo:

—Joven, me gustaría volver a visitarlo.

—¿Para qué?

—Para hablarle de las hermosas promesas de Dios.

—No puede ser —respondió el joven—, porque yo soy espiritista y tengo otra filosofía.

Frente a esta negativa, Peña tuvo este acertado comentario:

—Eso no importa, porque en ese caso, Ud. puede hablarme de sus ideas.

Sorprendido, el joven le preguntó:

—¿Cómo? ¿Su iglesia no le prohíbe escuchar a personas de otra religión?

—De ninguna manera.

—Bueno. Entonces venga el miércoles de noche.

Ese miércoles, Peña lo escuchó por un rato, y luego le habló de varias promesas bíblicas. Antes de retirarse, el joven le dijo: “Sabe, estoy encantado con lo que Ud. me ha dicho. ¿Por qué no vuelve otro día, para que charlemos más?”

Esas charlas se convirtieron en estudios bíblicos. Y este joven y la señora del sueño se bautizaron en un mismo día. Estos triunfos dan sabor a cielo al trabajo del colportor y lo convencen de que esta obra es de Dios.

El espíritu me dice que compre

En la ciudad de Manaos, ubicada junto al inmenso Amazonas, ocurrió una experiencia que demuestra la gracia celestial que va con el colportor y le da éxito.

Era un viernes al mediodía. Al salir de una reunión, me crucé en la calle con dos colportores que venían muy excitados, porque minutos antes habían tenido una victoria

poco común. Cuando me la contaron, noté que ni ellos mismos habían percibido todo su significado.

Cuando invitaron a cierto señor a encargar sus libros, él les dijo: “Yo no hago nada sin consultar a mi espíritu guía. Voy a consultarlo ahora mismo”.

El hombre tomó un anillo, lo ató con una cinta, y sostuvo la cinta del extremo opuesto, de modo que el anillo quedó colgando y quieto. Y les dijo: “Ahora voy a preguntar a mi guía, si puedo comprar esos libros. Si el anillo queda quieto, quiere decir que no los puedo comprar; si se pone a girar, quiere decir que los puedo comprar”.

Luego, en alta voz mencionó el nombre de su guía y le dijo: “Fulano, estos jóvenes me están ofreciendo estos libros. ¿Qué dices tú? ¿Son buenos libros? ¿Los puedo comprar?”

Los ojos de los colportores estaban fijos en el anillo. Tan pronto como el hombre terminó su última pregunta, el anillo empezó a girar en círculos, y el hombre agregó: “¿Ven? El espíritu me está diciendo que compre los libros. Pueden anotarme”.

¿Quién era ese espíritu guía? Nada menos que un emisario de Satanás, que engañaba a ese hombre fingiendo ser el espíritu de un amigo difunto. ¿Quiere Satanás que sus cautivos compren nuestros libros y se libren de su dominio? Todo lo contrario.

A pesar de su oposición a Dios, ese invisible mal espíritu no pudo resistir el poder superior que obraba con los colportores. Y contra su voluntad, ese espíritu recomendó a su incauta víctima que comprase esos libros de salvación. Esto muestra que la obra del colportaje es del cielo.

Tendrás que salir

Un día, Roque Finco tuvo una seria lucha con el príncipe de las tinieblas. En ese tiempo, Finco era subdirector de colportaje en Paraná, Brasil, y estaba ayudando a un colportor.

Cuando estaba presentando sus libros a una señora, Finco mencionó el espiritismo. En ese instante, con voz ronca y asustadora, la señora exclamó: “Aquí estoy”.

Al oír esa voz tan rara, Finco sintió que no podía moverse y que un calor le subía por todo el cuerpo. En cambio, el colportor que iba con él, quedó frío y temblando.

Comprendiendo lo que sucedía, Finco oró, y haciendo un esfuerzo extendió su brazo hacia su maletín, sacó su Biblia, y con autoridad le dijo al mal espíritu que dominaba a la señora: “Si aquí estás, tendrás que salir”.

Entonces empezó a leer en voz alta el Salmo 91. Antes de terminar la lectura del salmo, la señora recobró la normalidad, y con voz natural dijo con alivio: “Ya se fue”.

La orden-promesa que el Señor dio a sus primeros discípulos, es también para cada colportor: “Echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”.

Estos casos demuestran que el colportaje no es una obra humana, sino divina; demuestran que el colportor no va solo, sino que el poder del cielo va con él; demuestran que los ángeles de luz lo acompañan para darle éxito en el cumplimiento de su celestial misión: contribuir a restaurar la justicia de los siglos en el universo de Dios.

Un lugar peligroso

Una alentadora cadena de evidencias de la presencia de Dios en su trabajo, tuvo Bienvenido Fortunato cuando colportó en las Minas de Farfán, en la Rep. Dominicana.

Alguien le aconsejó a Fortunato que no fuera a ese apartado lugar. “Es un lugar peligroso”, le dijeron. Pero el colportor respondió con valentía: “Yo voy en el nombre de Dios, y con él nada es peligroso”.

Al llegar allá, Fortunato visitó primero la Jefatura de Policía. Y ahí el enemigo usó al teniente jefe para desanimarlo. Aunque el teniente lo atendió bien, no le compró; y además le dijo: “Aquí la gente no se interesa en la lectura. No le conviene perder tiempo trabajando esta zona”.

Sin embargo, Fortunato no se dejó desanimar, y Dios le dio un éxito extraordinario. El primer día vendió por valor de 420 dólares, y al fin de esa semana tenía más de 1.700 dólares en pedidos.

Un día Fortunato visitó a una curandera espiritista de

fama internacional y de mucha clientela. Después del saludo, ella le dijo:

—Yo sé a qué viene Ud. Anda llevando el bien y la paz a los hogares.

—¿Y cómo sabe eso? —preguntó Fortunato.

—Yo tengo una luz que me dice todo —le explicó ella.

Viendo que Dios se le había adelantado, Fortunato le ofreció a esa señora *Las bellas historias de la Biblia, El conflicto de los siglos, El guardián de la salud, La clave de la felicidad y El secreto de la dicha conyugal*. Y ella no le compró más libros, porque él no le ofreció más. Después de la entrega, él le dio algunos estudios.

Poco después de su primera entrega, un hombre que le había comprado *El secreto de la dicha conyugal*, le dijo a Fortunato: “Ud. ha salvado a mi hogar. Yo había fracasado y ya iba a separarme de mi familia. Ese libro que me vendió, salvó a mi hogar”. Al contar este caso, Fortunato nos dijo: “Yo pensé: ¡qué hermoso es colportar y cuántas alegrías nos da!”

Cuando Fortunato saludó a otro señor, este hombre le respondió: “No me llame señor, sino hermano; porque leí el folleto *Un diálogo con Dios*, que Ud. me dejó, y decidí unirme con Dios y con la Iglesia Adventista”.

En ese lugar, Pedernales, Fortunato organizó una escuela sabática, y poco después había allí 40 observadores del sábado. El Espíritu divino había hecho una obra grande en ese corazón. Ese señor había sido pastor evangélico en otro tiempo, y ahora era un hombre de buena posición e influyente. Una noche despertó a la una de la madrugada y no pudo seguir durmiendo. Buscó el folleto *Un diálogo con Dios*, lo leyó con cuidado, y en ese mismo instante decidió seguir la hermosa luz que acababa de inundar su corazón.

Al día siguiente recorrió el pueblo, por su cuenta alquiló una casa, quitó una pared divisoria entre dos cuartos y preparó un saloncito para reuniones. A la entrada de la casa puso un letrero que decía: “Iglesia Adventista”. Invitó a la gente y empezó a predicarles el mensaje adventista.

Entonces llegó el pastor nuestro, Danilo Rodríguez, y después de una corta serie de reuniones, bautizó a 25 conversos, y unos meses después a otros 10.

Estas hermosas victorias se hubieran perdido, si el colportor no hubiera tenido la valentía de ir a ese lugar aparentemente peligroso a trabajar con fe, sabiendo que esta obra es de Dios y que él protege y prospera a los que le sirven con amor.

Un caso singular

En la vida del colportor suceden cosas increíbles desde el punto de vista humano, y explicables sólo por la influencia divina. Así ocurrió con el pastor Claudio Ingleton, en Mayagüez, Puerto Rico.

Ingleton visitó a un comerciante de buena posición financiera. Cuando entró a la oficina de ese señor, lo notó impresionado; al principio con el rostro enrojecido y en seguida pálido.

En ese momento entraron dos jóvenes a efectuar una compra, y señalando al pastor, el dueño les dijo: “Vean, jóvenes, éste es hombre espiritual. Lo vi entrar, antes que él entrara. Lo vi entrar a él primero, y después vi entrar su cuerpo”.

Ante esta rara descripción, los jóvenes se pusieron nerviosos, e Ingleton pidió al dueño que los atendiera a ellos primero. Cuando se fueron, el dueño cerró la puerta de su oficina con llave, y expresó su extraño sentir diciéndole a Ingleton:

—Dígame lo que Ud. quiera, y yo lo haré.

Nuestro hermano respondió:

—Señor Fulano, yo soy ministro de la Iglesia Adventista, pero no merezco la reverencia con que me está tratando. Sin embargo, permítame preguntarle, ¿qué quiso decir con eso de que yo soy un hombre espiritual?

El señor se explicó así:

—Yo estaba sentado aquí. Y antes de que Ud. entrara físicamente, yo lo vi entrar en espíritu. Vi una sombra con su forma que entró primero, luego lo vi entrar a Ud.

Al oír esta explicación, el colporteur quedó pasmado. Nunca había pasado por tal experiencia, y agregó:

—Señor Fulano, antes de llegar a su oficina, yo oré por Ud. Y lo que Ud. debe haber visto, sin duda fue el ángel guardián que me acompaña.

—Debe ser así. Bueno, reverendo, ¿en qué puedo servirle?

En ese momento Ingleton le presentó *Las bellas historias de la Biblia*, y le habló de Cristo y del maravilloso plan de salvación.

Entonces ocurrió otro incidente extraño. El hombre sacó su chequera, le mostró a Ingleton su haber de 75.000 dólares en el banco, y dándole la chequera, le hizo este singular pedido:

—Sírvase. Escriba un cheque por la cantidad que Ud. quiera, y yo se lo firmo.

—No, señor Fulano —respondió el pastor—. La obra vale sólo tanto.

A lo que el hombre añadió:

—Por favor, escriba Ud. el cheque. Yo no soy digno de escribirlo.

Después de llenar el cheque, Ingleton le dijo:

—Señor Fulano, antes de retirarme, quisiera orar por Ud.

Después de la oración, el hombre exclamó:

—Jamás me he sentido como ahora, con tanta paz y tanta felicidad. Y por esto, ¿cuánto debo pagarle?

—Nada, señor. Esto no se cobra.

El pastor Ingleton le pidió que le recomendara algunos amigos, y el señor le dio el nombre de cuatro personas.

Cuando Ingleton me contó este caso, dijo: “Yo volví a mi casa más feliz de lo que quedó ese hombre. Hasta me sentí indigno de tanta bendición y oré a Dios pidiendo su perdón”. Los cuatro amigos de ese señor también compraron los libros, y ese hombre empezó a asistir a nuestros cultos.

¿No demuestra este incidente que esta obra es realmente divina y que Dios está guiando a sus colportores y dirigentes para darles éxito y llevar bendición a los sinceros?

Le vendió un libro al diablo

“¿Oyó Ud. hablar del colportor que le vendió un libro al diablo?”, me preguntó un día el director cubano Juan Palau. “¿Cómo es eso?” —respondí yo intrigado. Entonces él me contó el siguiente singular acontecimiento.

El veterano y muy misionero colportor Luis Martínez, estaba trabajando en el Oriente de Cuba. Una tarde llegó a una casa de campo y a través de la puerta entreabierta, alcanzó a ver a muchas personas adentro. Mientras pensaba qué hacer, desde el interior un hombre le hizo señas de que entrara.

Una vez adentro, Martínez vio que había unas veinte personas sentadas. Al frente un hombre de pie, con una expresión rara en su rostro, les estaba hablando. El colportor no tuvo que esperar mucho. El que estaba de pie detuvo su arenga y le preguntó a Martínez qué quería.

Con rostro inexpresivo, el hombre oyó la presentación del libro. Al final tomó el prospecto, firmó y dijo a los demás: “Este es un buen libro”.

Después de retirarse, Martínez abrió el prospecto para conocer el nombre de su nuevo comprador, y al verlo pensó: “¡Qué curioso! Este hombre tiene el mismo nombre y apellido del general Fulano, el gran prócer cubano”.

El día de la entrega se despejó la incógnita. Martínez encontró al hombre con una expresión natural y agradable. Pero cuando intentó entregarle su obra, el hombre le dijo: “Yo no encargué ningún libro”. El colportor le mostró el prospecto y su firma, pero quedó más sorprendido cuando el señor le respondió: “Ese no es mi nombre, ni esa es mi letra”.

Cuando Martínez le explicó las circunstancias en que él había firmado, él dijo: “¡Oh, ahora recuerdo! Aquella tarde estábamos en una sesión espiritista. El espíritu de ese general se había encarnado en mí, y él fue quien encargó el libro, no yo”. Después de una pausa, el hombre terminó diciendo: “Bueno, en ese caso, no habrá problema. Ya que el general encargó el libro, voy a recibirlo”. Y pagó el importe.

Por la Biblia sabemos que quien se encarnó en ese médium aquella tarde, no fue el espíritu de aquel general cubano, sino uno de los emisarios de Satanás, quien simuló ser el general; y en contra de su voluntad, proclamó la bondad del libro y lo encargó.

Esta es otra evidencia de que el colportaje es de Dios, de que los colportores son de Dios, y que ni los demonios pueden resistir al poder divino que acompaña y ayuda al colportor.